Crónicas de Masamara

El honor de un caballero

Volumen 2

Lourdes T. Castillo

PORTAL DE MUNDOS

Diseño de cubierta: Marina de Bustos Neddea
Contacto: www.neddea.com
Instagram: @neddea

Ilustraciones interiores: Rodrigo Hernández
Contacto: ro.hernandez.1990@gmail.com
Instagram: @khadarsensei

© 2020, Lourdes T. Castillo
www.lourdestcastillo.es
Contacto: lourdescastillo@live.com
Instagram: @loutcas
Facebook: @lourdestcastilloescritora
Twitter: @LourdesTCastill

Primera edición eBook: Marzo, 2022
Primera edición impresa: Marzo, 2022

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Crónicas de
Masamara
Rascofrío
Mesón limpio
Matalobos
Tres puentes
Cabeza mediana
Pueblo llano
Vallescondío
Miraflores
Palomar
Las Brisas
Siete Torres
Roblegordo
Puertobajo
Coladragón
N
O
E
S

La soledad es un compañero
con el que no se puede contar.

Recuerdo el primer invierno que pasé sin Drew ni Sami, como una época extraña en mi memoria. Fue como si mi vida antes de ellos hubiese sido una aventura de otro Raakon, de otro joven que algún día fue tunante, fue esclavo, fue pirata.

Era inevitable que echase de menos a Drew, quien para mí era más que un hermano. Él había sido como yo, otro huérfano sin nada que perder. Me había acompañado como un trotamundos sin cuestionar nunca cuál era nuestro destino cada vez que iniciábamos un viaje.

Y Sami… Desde que la cíngara se fue, era imposible no sentir que había demasiado silencio. Faltaban sus canciones. Faltaban sus sonrisas. Faltaba su alegría y vitalidad.

Desde que se incendió mi castillo cuando tenía trece años, había vagado por Masamara de un lado a otro con el deseo de que alguien me reconociese como el joven caballero noble que era: Raakon, hijo de Samila y Jelrion, heredero legítimo de la casa Dass.

Solo necesitaba el aval de tres nobles, al menos uno de ellos debía ser de alta cuna, que reconociesen quién era yo para recuperar todas mis tierras y posesiones. Y por eso, desde que lo perdí todo, había recorrido Masamara buscando esa ayuda que nunca encontré.

Y aunque no poseía nada, de ningún modo me sentí solo, porque mis amigos siempre habían estado a mi lado en cada paso del camino.

Sin embargo, ahora que había conseguido mi primer aval para recuperar mi título de caballero noble, sentía que alcanzar mi objetivo era un camino solitario.

De no ser por Nous, quien negoció con su padre adoptivo para que me avalase a cambio de un acuerdo prematrimonial con su hija Dessire, nunca habría podido meter la cabeza en el mundo de la nobleza.

Eso lo sabía bien, porque yo lo había estado intentando durante ocho años sin ningún éxito.

Aunque el mago lo hizo más por él que por mí. Decía ser dentro de su orden el guardián de los ojos de Dragón y parecía estar seguro de que yo era el elegido de aquella vieja profecía. Era, por tanto, supuestamente mi guardián y custodio en esta vida.

Existía una leyenda que decía que algún día alguien traería de nuevo la luz a los ojos de Dragón. No obstante, ni él mismo sabía explicarme qué eran los ojos de Dragón ni qué se suponía que tenía que hacer.

Nous decía no conocer más sobre el tema, aunque yo estaba convencido de que me ocultaba algo. En cualquier caso, dijo que si yo debía cumplir con un gran destino, él haría que fuese lo más grandioso posible y por eso, quería ayudarme a recuperar mi título de caballero noble. Después de la realeza, era el estatus social más alto que se podía tener.

A mis veinte años, solo me faltaban dos años para cumplir el plazo en que pudiera reclamar mi título. Si no conseguía el aval de dos nobles más antes de esa fecha, ya jamás podría recuperarlo.

Asumía que iba a ser difícil, pero estaba dispuesto a intentarlo con todas mis fuerzas. Así que a pesar de la soledad que sentía con la ausencia de mis amigos, me dije a mí mismo que sería algo temporal. Ellos me habían prometido regresar a mi lado cuando pasase el invierno. Yo confiaba en su palabra.

En cualquier caso, en la residencia de Fano Alare, conviviendo con mi prometida Dessire y con el mago Nous, descubrí que existía otro tipo de vida en Masamara que estaba teniendo lugar sin yo haberla conocido.

Y es que, por primera vez, empecé a relacionarme con la nobleza como un igual. Aunque de menor estatus, podía acudir a sus galas y recepciones, ya que estaba bajo el mecenazgo de Fano por nuestro acuerdo prematrimonial con Dessire.

Me acostumbré a una rutina de compromisos sociales que consistían en visitar a otros nobles a tomar el té por las tardes, varias noches a la semana acudir a un baile y de vez en cuando compartir una comida o una cena.

Me manejaba bien con la nobleza y aprendía rápido de todos con cuantos me relacionaba. Comprendía ahora en mayor profundidad el trato que había entre ellos y lo difícil que sería entrar en ese círculo tan cerrado.

Dessire me ayudaba cuanto podía explicándome cada gesto protocolario que no debía olvidar. Había sido criada para ser una gran dama y empezó a instruirme para convertirme en el caballero noble que debía ser.

Después de tantos años sobreviviendo como un plebeyo, descubrí que era de todo menos un caballero.

Ella era lo único que hacía que mis días se hicieran más llevaderos. Era una mujer encantadora que me trataba con amabilidad. Sabía que podía confiar en ella, y por eso, lamentaba profundamente que en mi corazón no surgiera ningún sentimiento más allá del cariño.

Se suponía que iba a ser mi esposa, la madre de mis hijos, y aunque yo sabía que no podría encontrar mujer más hermosa y bondadosa en todo el reino, no sentía ningún tipo de atracción.

Para mí, Dessire era una amiga a la que tratar de igual a igual, pero siempre desde el respeto y el cariño. Ella me trataba en la misma condición, por lo que teníamos una relación educada, afable y limitada por nuestro estatus.

Por otro lado, no podía ignorar que Drew me había confesado amarla y que se había marchado con Sami precisamente para intentar olvidar sus sentimientos. Pensar en tener yo mismo una relación cercana con Dessire, me hacía sentir que le estaba traicionando.

Intenté por ello no pasar tanto tiempo con ella y aprovechar el invierno para afianzar mi amistad con el mago, pero fue imposible.

Aunque al principio parecía dispuesto a seguir siendo mi guía para relacionarme con los nobles, día a día, Nous se fue encerrando en sí mismo.

Pasó de atender sus labores a aislarse en la sala de música para tocar el piano durante horas. Era inevitable suponer que algo le sucedía, ya que cada canción sonaba más afligida que la anterior. Pero a pesar de que yo le preguntaba sobre ello, él solo contestaba con desdén, cada vez más taciturno y más hermético. Era un maldito amargado.

Así pues, me era imposible no sentir cierta soledad, puesto que Dessire era una amiga que nunca podría ser realmente cercana para mí y Nous era un hombre que jamás me dejaría llegar a él.

Fue la voluntad de Dragón aliviar esta soledad llevándome a conocer a un joven que se convertiría en uno de mis mejores amigos y a quien yo llegaría a llamar también «hermano»: el primer caballero noble que conocía desde que murió mi padre.

Los amigos se encuentran,
no se buscan.

Nunca podré olvidar la noche en que conocí a Elisteo Durín, caballero noble de la casa Durín.

Como ya llevaba algo más de un mes conviviendo en la residencia Alare, había acudido a varias recepciones y conocía a prácticamente todos los nobles de la ciudad. Tampoco eran demasiados y bastaba con acudir a un baile para que los mismos de siempre nos encontrásemos allí.

Había entablado cierta relación con algunos jóvenes de mi edad, pero por regla general, todos me recordaban demasiado a Sheirín Prestensen, así que no podía evitar mantenerme distante con ellos.

La posibilidad de encontrarme con mi mayor enemigo era algo que siempre me hacía estar en guardia. Temía que en cualquier gala pudiera llegar a verle, pero por fortuna, desde que me vendió tres años atrás a unos guardias para convertirme en esclavo, no habíamos vuelto a encontrarnos.

Ahora que yo era un noble menor, estaba decidido a retarle a duelo la próxima vez que le viera. Había intentado chantajear a Sami para convertirla en su concubina a cambio de la vida de Drew y de la mía. Y eso era algo que jamás le perdonaría.

Todos los nobles de aquella ciudad me recordaban un poco a los Prestensen. Nobles de baja cuna que celebraban sus fiestas para fingirse una gran corte. Estaba feo que yo pensara así, pero era demasiado evidente.

En aquella gala, quien había organizado la fiesta era un noble menor con un fabuloso jardín, famoso en la ciudad por tener supuestamente un pozo mágico. El sentido mágico del pozo era que parecía no tener fondo alguno. Era una costumbre en sus fiestas que los invitados lanzasen monedas al pozo esperando escuchar cómo sonaban al caer en el agua, pero nunca se oía nada.

Era la primera vez que acudía a la villa de este noble, así que cuando fui, acompañado por Dessire, esperaba de verdad conocer a alguien nuevo y no relacionarme con los de siempre.

Dessire se quedó en el salón charlando con otras damas. Debía admitir que ella destacaba por encima de todas. Era siempre la más hermosa, con su melena rubia que deslumbraba con cada reflejo de luz, con sus ojos cristalinos y claros. Era como el primer copo de nieve que con delicadeza se posaba sobre una hoja esperando no llamar la atención, pero siendo imposible no hacerlo. Más y cuando era semielfa.

Como yo ya conocía al menos de vista a prácticamente todos, un grupo de jóvenes me pidió acompañarles para ir al jardín y ver el supuesto pozo mágico.

El hijo mayor de la villa se apoyó en él con cierto orgullo.

—¡El único pozo mágico de toda Masamara! —exclamó—. Os reto a lanzar una moneda para que comprobéis vosotros mismos que no tiene fondo.

El grupo de nobles se inclinó para asomarse, esforzándose por distinguir el fondo. Lanzaron una ovación de sorpresa.

—¡Yo tengo una moneda! —dijo uno de los chicos. Enseguida se la sacó del bolsillo y la arrojó. Todos guardaron silencio esperando escuchar cómo sonaba al caer en el agua. Después de varios minutos sin que se oyese nada, todos alabaron la magia del pozo.

Me froté la frente algo irritado por aquel timo tan evidente. No sabía si es que todos le estaban siguiendo el juego intencionadamente o si es que ninguno tenía la inteligencia suficiente para pensar por sí mismo.

—Yo no tengo monedas —dije, acercándome—. Pero veamos qué tal suena si lanzo esto —añadí cogiendo una piedra bastante grande que había junto al pozo.

—¿Qué hacéis? —preguntó alarmado el dueño del pozo. Intentó detenerme, pero yo no cedí.

—Vamos a ver cuán mágico es tu pozo. —Tiré la piedra y todos se asomaron de inmediato en tensión. Tardó unos segundos en escucharse algo, pero lo que oímos, para sorpresa de todos, no fue una roca cayendo en el agua, sino el sonido que produce un montón de monedas cayendo en cascada en algún sitio—. Oh, vaya, sí que es mágico el pozo. Suena como si hubiese generado una fortuna de la nada —me burlé.

El hijo de la villa me miró enfadado. Nadie había cuestionado nunca la magia del pozo porque un noble, no ponía en duda la palabra de otro noble. Supe que le había ofendido, pero me dio igual. No soportaba a los estafadores y mentirosos como él.

—¿¡Cómo os atrevéis a destruir mi pozo!?

—¿Lo destruí? Yo lo veo intacto —contesté—. ¿O lo decís porque si ahora lanzamos una moneda… sí se escuchará algo? —pregunté encogiendo la mirada—. ¿Queréis probar? ¿Alguno quiere probar? —dije incitando a que el resto de jóvenes tuviesen la oportunidad de desenmascarar al timador. Pero todos miraron inquietos al dueño del pozo, con miedo a ofenderle.

—¡Aquí tenéis mi moneda! —ofreció un joven que no formaba parte del grupo.

Nada más ver sus galas supe que, a diferencia del resto, era de alta cuna. Como poco, había acudido a la corte. Sus movimientos eran seguros a la par que gráciles. Tenía el pelo corto y oscuro, con una mandíbula cuadrada, bien afeitada. Aparentaba tener veintipoco, quizás solo me sacase un par de años.

Era un poco más bajito que yo, pero dado que yo era el más alto del grupo, eso le hacía ser un joven relevante. Sus hombros eran más anchos que los míos, así que a mi lado, no éramos tan diferentes.

—Aquí está mi moneda. —Me la entregó. Parecía divertirse con todo aquello. Le sonreí y asentí agradecido.

Con un rápido juego de muñeca, la lancé en el aire y dejé que cayese al interior del pozo. La moneda no tardó en

escucharse al caer de nuevo sobre lo que parecía ser un montón de monedas.

—¡Milagro de Dragón! —dije abriendo los brazos con cierta actuación—. Vuestra fortuna se ha duplicado, señor —añadí, dirigiéndome al dueño del pozo.

Él me miró con odio. Sabía que ya nadie más volvería a lanzar ninguna moneda porque su estafa había quedado al descubierto. El joven que me había ofrecido la suya había tirado su dinero por diversión.

—Sois un bastardo —me insultó el chico del pozo—. ¿Cómo os habéis atrevido a…?

—¿Bastardo? —repetí—. ¿Os atrevéis a llamármelo de nuevo, señor? ¿Deberíamos solucionar esto con un duelo?

El chico me miró pálido. Bajó la cabeza, apretó los puños y se dio la vuelta. El resto de jóvenes me miraron entre asustados y prudentes y se marcharon con él.

El joven que me había ofrecido la moneda se quedó a mi lado y rompió en una carcajada.

—Ja, ja, ja, había oído escuchar de vos, pero no esperaba que fueseis tan atrevido. Ha sido maravilloso —me alabó—. Permitidme que me presente, señor. Soy Elisteo Durín, caballero noble de la casa Durín —dijo, inclinándose con una admirable educación.

Me sentí algo abrumado al saber que era un caballero noble. Desde la muerte de mi padre, no había conseguido ver a ninguno. Todos me habían eludido.

Y de pronto, allí tenía ante mí a aquel joven con aire principesco, de tan alto linaje y cuna.

—Es un honor, caballero —le saludé igualmente devolviéndole el gesto con el mayor de mis respetos—. Soy Raakon, heredero legítimo de la casa Dass.

—He oído hablar de vos, Raakon —comentó, asomándose al pozo—. Me llegaron rumores de que había un joven noble que se atrevía a retar a duelo a todos quienes le ofendían. Pensé que, o bien era un joven que se sentía ofendido con cualquier cosa, o bien era realmente un joven con el orgullo de un caballero.

Sonreí, divertido.

—Quizás sea un poco de ambos —confesé. Él me devolvió la sonrisa.

—Está bien, creo que un hombre no es completo si no es orgulloso. Esos chicos que agachan la cabeza y no responden… No vale la pena perder el tiempo con ellos.

—Solo puede tener orgullo el hombre que se conoce a sí mismo —declaré. Elisteo me miró con curiosidad.

—¿Y vos diríais que os conocéis, señor?

Torcí el gesto con una sonrisa picaresca.

—Diría que lo intento cada día, pero no sé si llego a caerme bien del todo.

Elisteo se echó a reír.

—Ja, ja, mientras nos aguantemos a nosotros mismos, el resto del mundo también tendrá que aguantarnos —bromeó.

—Nunca os había visto en una fiesta de Las Brisas, caballero, ¿tenéis alguna amistad con el noble de esta villa?

—No realmente. He regresado de un servicio militar al servicio de su alteza real y esta ciudad me pilla de camino hacia mis tierras. Dado mi rango, la nobleza de la ciudad no pudo eludir invitarme y de alguna forma, yo no pude evitar aceptar.

—Es una suerte en cualquier caso haber coincidido con vos. ¿Puedo preguntaros por vuestro servicio? ¿Habéis participado en alguna batalla? —pregunté, intrigado.

Lo más interesante que se contaba la nobleza de aquella ciudad era la crianza de su ganadería o la abundancia de su cosecha. Si Elisteo podía hablarme de cualquier otra cosa, yo estaba encantado.

El caballero noble sonrió y empezó a contarme animado sus hazañas. Y así, sin darnos cuenta, comenzó una amistad entre nosotros.

Hay oportunidades en la vida
que no se pueden rechazar.

Conocer a Elisteo fue de lo más enriquecedor que me ocurrió aquel invierno. No solo era un caballero noble, culto e inteligente, sino que era un gran conocedor de la estrategia y el combate.

Había dos formas de obtener el título de caballero noble: se nacía con él o bien se realizaban grandes hazañas militares con las que el rey terminaba por otorgarte el título y los bienes que le acompañaban.

Así fue como mi propia casa en el pasado obtuvo el título. La casa Durín no era muy distinta de la mía. Durante generaciones, toda su familia había llevado una carrera militar llena de éxito y de reconocimiento.

Elisteo era un guerrero al servicio de su majestad Arkazgún Unil. Con el grado de capitán a pesar de su juventud. Sin duda, tenía un futuro prometedor.

Dado que la noche en que nos conocimos pudimos hablar de mil cosas y los dos sentimos que nos faltaba tiempo para hablar de mil cosas más, decidió alargar su estancia en la ciudad. En invierno, no había guerras que luchar, por lo que no estaba de servicio.

Él estaba muy interesado en mi vida y en mis propias aventuras como pirata, como tunante. Le parecía muy entretenido cuanto le contaba sobre esa otra vida, más canalla, opuesta a la suya.

Nuestra amistad surgió con absoluta facilidad. Yo era consciente de que, de haber seguido siendo un caballero noble, él y yo habríamos sido los mejores amigos.

Nuestro concepto del honor y de la lealtad era el mismo. Y no era fácil conocer a gente así. Él mismo me confesó que le costaba conocer a otros caballeros nobles que compartiesen sus valores y sus ideales.

Así pues, cuando pasadas varias semanas tomó la decisión de regresar a su castillo, decidió invitarme a

convivir un mes con él en sus tierras. Era un ofrecimiento que no podía rechazar.

En cuanto informé a Fano, mi suegro dijo que por supuesto debía ir. Si mi amistad con Elisteo llegaba a buen puerto, estaba convencido de que él mismo me ofrecería su aval y con ello, ya tendría la palabra de dos nobles de que yo era el legítimo heredero de la casa Dass. Sobre todo, uno de alta cuna, que era imprescindible y lo más difícil de conseguir.

Aun así, no quería que Elisteo pensase que nuestra amistad era por interés y quise dejárselo claro, fui sincero en que él en verdad me agradaba como persona.

Él alegó que por supuesto conocía mi carácter y sabía que no me aprovecharía de él ni de su poder para un interés personal.

Dessire lamentó mucho que me marchase, ya que se había acostumbrado a mi compañía. Lo cierto es que entre el taciturno de su hermano y el ausente de su padre, me daba algo de pena dejarla sola.

Aunque ella enseguida quiso liberarme de cualquier preocupación, alegando que ya estaba acostumbrada y que lo importante era que yo conociera a quien pudiera avalarme.

Sin duda, la amistad con Elisteo me facilitaría llegar a personas de mayor estatus social.

No obstante, antes de marcharme, Dessire me pidió un favor. Y cuando ella utilizó la palabra «favor», supe que de verdad era algo que se le escapaba de las manos.

—¿Qué es? —le pregunté.

Dessire eludió la mirada, avergonzada.

—Me gustaría… ¿tú podrías intentar hablar con mi hermano? —susurró, mirándome a los ojos con inquietud—. Desde que… —Se calló. Supe que iba a decir desde que Drew y Sami se marcharon, pero ella misma pareció pensar mejor sus palabras, por lo que pudiera dar a entender—. Desde que empezó el invierno, parece estar deprimido. Solo toca el piano y se encierra en su habitación. Está cada vez

más y más sumergido en un tormento interior que no entiendo —confesó, frotándose las manos—. Le he visto varias veces regresando en la madrugada. Se marcha por las noches.

—¿A dónde? —pregunté, sorprendido.

Los magos no podían beber, no podían tener relaciones carnales, no podían ni siquiera apostar. No se me ocurría qué negocios podía realizar por la noche que no estuviese relacionado con cualquier cosa que su orden mágica le prohibiese.

—No lo sé —declaró—. Pero un hombre que sale de noche y vuelve cuando se pone el sol… No quiero pensar mal de mi hermano, pero no puede estar haciendo nada bueno —se atrevió a expresar—. Estoy muy preocupada por él, Raakon. Por favor, yo he intentado acercarme, pero me trata como a una niña. Quizás a ti te escuche. ¿Podrías hablar con él?

—¿Y qué voy a decirle, Dessire? —suspiré—. Nous nunca escucha a nadie. Siempre se cree más inteligente que todos.

—No lo sé, pero él no está bien, Raakon. Yo conozco a mi hermano. Está de verdad afectado por… —Dessire guardó silencio. Se mordió el labio y desvió de nuevo la mirada. Fruncí el ceño.

—¿Tú sabes por qué está así?

—No, no lo sé. Él no me ha dicho nada y yo no sé qué pensar, así que no puedo decir nada —dijo, frustrada. Volvió a girarse para mirarme de frente. Se acercó y me agarró de los antebrazos, con cierta desesperación—. Solo inténtalo. Temo que haga algo de lo que termine arrepintiéndose.

—Está bien, de acuerdo, no te preocupes. Hablaré con él —acepté para tranquilizarla. Ella sonrió, aliviada.

—Gracias, Raakon. Espero que a ti te escuche.

—Ya, yo también —suspiré. Aunque en el fondo supe, que no lo haría.